

Elena Poniatowska

Lilus Kikus

Ilustraciones
LEONORA CARRINGTON



de

Hace muchos años, tal vez trece o quizá un poco menos, apareció un libro de sueños: los tiernos sueños de una niña llamada Lilus Kikus para quien la vida retoñó demasiado pronto. Lilus sabía poner orden en el mundo sólo con estarse quieta, sentada en la escalera espiral de su imaginación, donde sucedían las cosas más asombrosas, mientras con los ojos miraba cómo se esfumaba el rocío y un gato se mordía la cola o crecía la sonrisa de la primavera. Luego, de pronto, sentía que los limones estaban enfermos y que sólo inyectándoles café negro con azúcar podía aliviarlos de su amargura.

Pero Lilus era también endiabladamente inquieta: corría a preguntarle a un filósofo si él era el dueño de las lagartijas que tomaban el sol afuera de su ventana. También divagaba en cómo hacerle a Dios un nido en su alma sin cometer adulterio e investigaba con su criada Ocotlana de qué tamaño y sabor eran los besos que le daba su novio.

Todo en este libro es mágico y está lleno de olas de mar o de amor como el tornasol que sólo se encuentra, tan sólo en los ojos de los niños.

JUAN RULFO



Elena Poniatowska

Lilus Kikus

ePub r1.1

ArmandAthos 30.05.14

Título original: *Lilus Kikus*
Elena Poniatowska, 1954
Ilustraciones: Leonora Carrington
Diseño de cubierta: ArmandAthos

Editor digital: ArmandAthos
ePub base r1.1



I. Los juegos de Lilus

«Lilus Kikus... Lilus Kikus... ¡Lilus Kikus, te estoy hablando!»

Pero Lilus Kikus, sentada en la banqueta de la calle, está demasiado absorta operando a una mosca para oír los gritos de su mamá. Lilus nunca juega en su cuarto, ese cuarto que el orden ha echado a perder. Mejor juega en la esquina de la calle, debajo de un árbol chiquito, plantado en la orilla de la acera. De allí ve pasar a los coches y a las gentes que caminan muy apuradas, con cara de que van a salvar al mundo...

Lilus cree en las brujas y se cose en los calzones un ramito de hierbas finas, romerito y pastitos; un pelo de Napoleón, de los que venden en la escuela por diez centavos. Y su diente, el primero que se le cayó. Todo esto lo mete en una bolsita que le queda sobre el ombligo. Las niñas se preguntarán después en la escuela cuál es la causa de esa protuberancia. En una cajita, Lilus guarda también la cinta negra de un muerto, dos pedacitos grises y duros de uñas de pie de su papá, un trébol de tres hojas y el polvo recogido a los pies de un Cristo en la iglesia de Nuestra Señora de la Piedad.

Desde que fue al rancho de un tío suyo, Lilus encontró sus propios juguetes. Allá tenía un nido y se pasaba horas enteras mirándolo fijamente, observando los huevitos y las briznas de que estaba hecho. Seguía paso a paso, con gran interés todas las ocupaciones del pajarito: «Ahorita duerme... al rato se irá a buscar comida». Tenía también un ciempiés, guardado en un calcetín, y unas moscas enormes que operaba del apéndice. En el rancho había hormigas, unas hormigas muy gordas. Lilus les daba a beber jarabe para la tos y les enyesaba las piernas fracturadas. Un día buscó en la farmacia del pueblo una jeringa con aguja muy fina, para ponerle una inyección de urgencia a Miss Lemon. Miss Lemon era un limón verde que sufría espantosos dolores abdominales y que Lilus inyectaba con café negro. Después lo envolvía en un pañuelo de su mamá; y en la tarde atendía a otros pacientes: la señora Naranja, Eva la Manzana, la viuda Toronja y don Plátano. Amargado por las vicisitudes de esta vida, don Plátano sufría gota militar, y como era menos resistente que los demás enfermos, veía llegar muy pronto el fin de sus días.

Lilus no tiene muñecas. Quizá su físico pueda explicar esta rareza. Es flaca y da pasos grandes al caminar, porque sus piernas, largas y muy separadas la una de la otra, son saltonas, se engarrotan y luego se le atorán. Al caerse Lilus causa la muerte invariable de su muñeca. Por eso nunca tiene muñecas. Sólo se acuerda de una güerita a la que le puso Güera Punch, y que murió al día siguiente de su venida al mundo, cuando a Lilus Kikus se le atoraron las piernas.



II. El concierto

Un día decidió la mamá de Lilus llevarla a un concierto en Bellas Artes. Ese edificio bodocudo, blanco, con algo de dorado y mucho de hundido.

Lilus tenía tres álbumes de discos que tocaba a todas horas. Como era medio teatrera, lloraba y reía al son de la música. Y hasta en la Pasión Según San Mateo hallaba modo de hacer muecas, sonreía y se jalaba los pelos... Deshacía sus trenzas, se tendía sobre la cama abanicándose con un cartón y fumando en la pipa oriental de su papá... A Lilus no le vigilaban las lecturas, y un día cayó en este párrafo: «Nada expresa mejor los sentimientos del hombre, sus pasiones, cólera, dulzura, ingenuidad, tristeza, que la música. Usted encontrará en ella el conflicto que tiene en su propio corazón. Es como un choque entre deseos y necesidades; el deseo de pureza y la necesidad de saber». Así que cuando su mamá le anunció que la llevaría al concierto, Lilus puso cara de explorador, y se fueron las dos...

Un pobre señor chiquito dormía en el concierto. Un pobre señor chaparrito de sonora respiración. Dormía tristemente, con la cabeza de lado, inquieto por haberse dormido. Cuando el violín dejaba de tocar, el sueño se interrumpía y el señor levantaba tantito la cabeza; pero al volver el violín, la cabeza caía otra vez sobre su hombro. Entonces los ronquidos cubrían los pianísimos del violín.

Esto irritaba a las gentes. Unas jóvenes reían a escondidas. Las personas mayores se embebían en la música, aparentando que no podían oír otra cosa. Sólo un señor y una señora (esos seres que se preocupan por el bienestar de la humanidad) le daban en la espalda, a pequeños intervalos, unos golpecitos secos y discretos.

Y el pobrecito señor dormía. Estaba triste y tonto. Tonto porque es horrible dormirse entre despiertos. Triste porque tal vez en su casa la cama era demasiado estrecha, y su mujer en ella demasiado gorda. Y el sillón de pelusa que le servía de asiento en Bellas Artes, debió parecerle entonces sumamente cómodo.

Muchas veces las gentes lloran porque encuentran las cosas demasiado bellas. Lo que les hace llorar, no es el deseo de poseerlas, sino esa profunda melancolía que sentimos por todo lo que no es, por todo lo que no alcanza su plenitud. Es la tristeza del arroyo seco, ese caminito que se retuerce sin agua... del túnel en construcción y nunca terminado, de las caras bonitas con dientes manchados... Es la tristeza de todo lo que no está completo.

Lilus la exploradora se dedica a mirar a los espectadores. Hay unos que concentran su atención inquieta en la orquesta, y que sufren como si los músicos estuvieran a punto de equivocarse. Ponen cara de grandes conocedores, y con un gesto de la mano, o tarareando en voz bajísima algún

pasaje conocido, inculcan en los vecinos su gran conocimiento musical. Hay otros que oyen con humildad. Avergonzados, no saben qué hacer con sus manos. Están muy pendientes de la hora del aplauso, vigilan su respiración, y se mortifican cada vez que a un desconocido se le ocurre sonarse, toser, o aplaudir a destiempo. Son los inocentes que participan en la culpa de todos. Los demás están muy conscientes de su humanidad, preocupados por su menor gesto, el pliegue o la arruga de su vestido. De vez en cuando alguien se abandona a sus impulsos. Con el rostro en éxtasis, los ojos cerrados y los agujeritos de la nariz muy abiertos, se entrega a sabe Dios qué delicias...

«¡Bravo!» «¡Bravísimo!» Entre aplausos, y con su cara sonriente, la mamá de Lilus se inclina para advertirle: «El andante estuvo maravilloso. ¡Ay, mi pobre niña, pero si tú no sabes lo que es un andante! Ahora mismo te voy a contar la vida de Mozart, y la de sus andantes y todo...»

Las dos se van muy contentas. Lilus porque cree que le van a contar un cuento. La mamá, porque está convencida de que es una intelectual...



III. Lilus en Acapulco

¡Sol! ¡Sol! ¡Sol! No hay más que sol, arena y mar. ¡El mar! En la noche se oye el ruido que hace, en la mañana se le ve centellear ante la playa. A Lilus la trae trastornada. Le inquieta por las noches un mar negro, casi malvado, y piensa en el viento que lo castiga sin cesar.

Lilus camina por todos lados sobre sus largas piernas, con los ojos abiertos siempre y siempre temerosos de perder algo. Se ha vuelto nerviosa, inquieta, caprichosa. El mar la hace desatinar. Ahora Lilus es una niña de mar, de arena, de yodo, de sal y de viento. Es una niña de conchas y caracoles, de grandes golpes de agua, que dan en su rostro como puñados de lluvia.

Lilus está toda güera y toda tostada como un pan recién salido del horno. No es de esas niñas que van a la playa con palas, toallas, baldes, moldecitos y trajes para cambiarse, que estropean el paisaje marino con todo su equipo de bestezuelas mimadas. Lilus se divierte con lo que encuentra en la playa, conchas, estrellas de mar, agua y arena... Y con esas cosas que el mar deja a la orilla, que parecen tan bellas, y que no son más que un trozo de madera esculpido por las olas...

Lilus camina con un pie en el agua, y un pie en la arena seca... En la ciudad también camina así... Un pie arriba y otro abajo de la banqueta. Por eso anda siempre algo desnivelada. Mientras así se menea, Lilus sueña, y la arrulla ese modo de caminar como un barco...

...Sueña que posee un castillo. «La Castellana lejana». Por primera vez piensa en señores; hay muchos en la playa. Unos flaquitos como ratones con apretados trajes de baño. Otros gordos y colorados, brillantes de aceite. No le gustan a Lilus. Parecen grandes pescados rojos, en su desnudez escandalosa. Le recuerdan «Los romanos de la decadencia», un cuadro de carnicería que vio en el museo. Lilus sueña que se pasea con los perros de Ivar. Ivar es su marido. Ella anda descalza y oye el ruidito de la arena que cruje bajo sus pies. Está sola y tiene muchas ganas de revolcarse en la playa y de saltar muy alto e indecorosamente entre las olas. No puede resistir. Si su marido lo sabe, dirá que le hace falta ser más seria y más digna... (es un poco funcionario), y tal vez la amenace con encerrarla en un convento... Pero ella no le dejará acabar el regaño, le echará sus brazos de agua y de sal al cuello; le enseñará sus collares de conchas azules pequeñísimas, tan tiernas que se parecen a los párpados de los niños dormidos y los de conchas duras que parecen dientes de pescados sanguinarios... o le dirá que Dios ha hecho la naturaleza no solamente para verla sino para que vivamos en ella, y que cada quien tiene su ola y que por favor él escoja la suya, y que desde lo alto del cielo, Dios está viendo a sus hijos bañándose en el mar. Igual que una pata mira nadar a sus patitos... Y le dirá... Y lo dejará sin aliento y sin protestas...

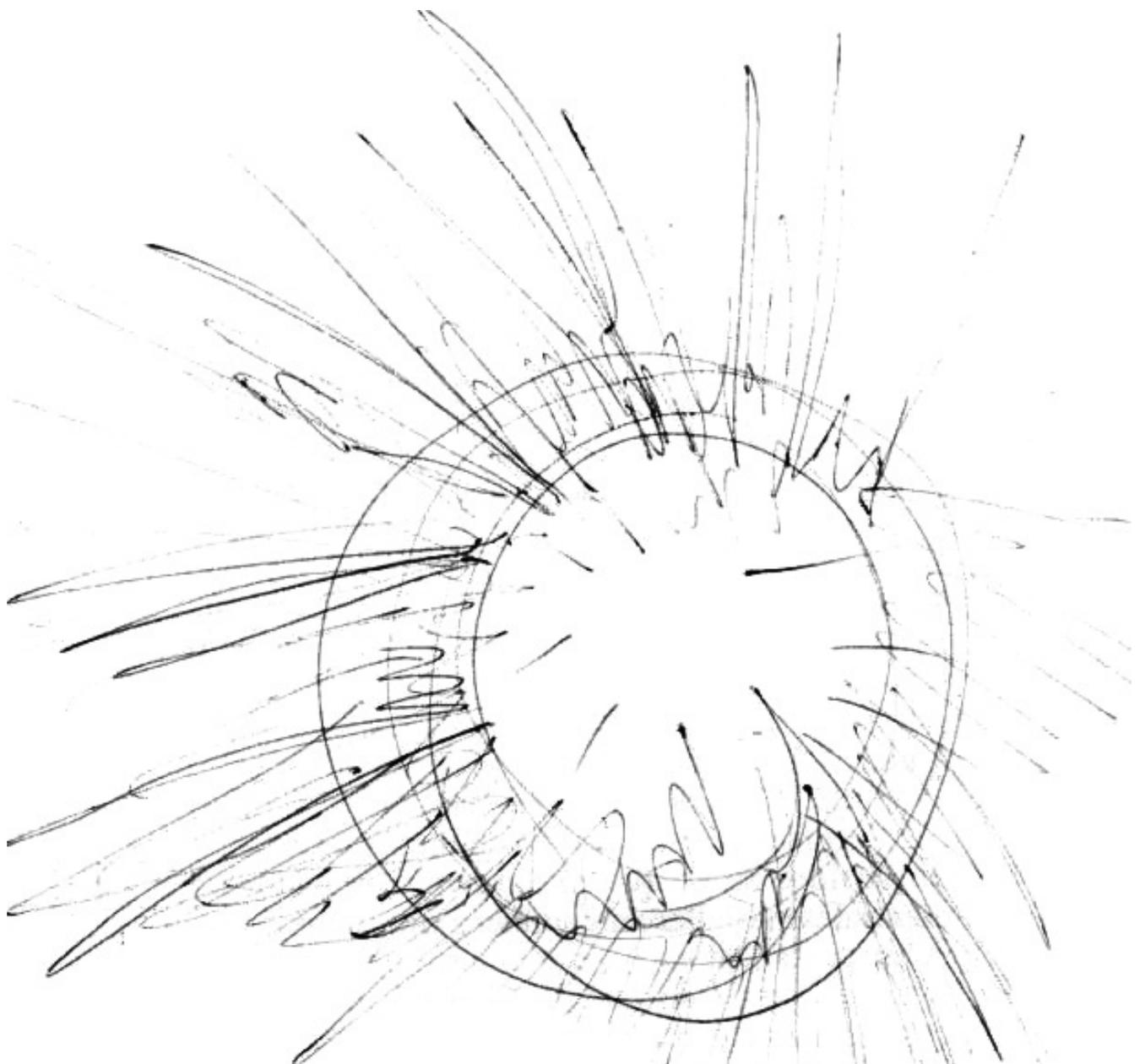
Lilus se despierta. Le acaban de gritar: «¡Ay, mamacita, quién fuera tren para pararse en tus curvas!» Eso le da en qué pensar. ¿Cuáles curvas? Lo de mamacita no le preocupa mucho, al fin y

al cabo, ella no es la mamá del gritón.

Lilus se va muy contenta meneando la cola. ¡Qué éxito junto al mar! ¡Qué sol en el agua! ¡Qué agua en el cielo! ¡Qué arena en el calor! ¡Qué revuelo de alas blancas en el aire! Ya ni pensar puede, y prefiere cantar. Pero lo único que se le ocurre es el Cafetal:

*Porque la gente vive criticándome,
me paso la vida sin pensar en na...*

Lilus tiene motivos para sentirse bonita. Se tira en la arena, estrechándose solita en sus brazos impregnados de mar, mirando ansiosamente las olas que crecen y se hinchan a lo lejos, que levantan su cabeza enorme y que parece que van a tragarla con su gran boca de león...



IV. Las elecciones

Lilus va al centro de la ciudad. Trajo conchas del mar y tiene cuentas de mil colores. Se hará un collar. Va a comprar un hilo largo para ensartarlas. Se lo pondrá en el cuello, en la cintura, tejido en sus trenzas, amarrado a una pierna... Pero se encuentra con una manifestación.

¡Chole! ¿Por qué no dejan al mismo presidente y así se quitan de líos? Pero no. Es una manifestación de muchos Siete Machos, y uno de ellos está gritando: «La voluntad del pueblo... el futuro de México... nuestros recursos naturales... el bienestar...» Y Lilus piensa en el pueblo... ¿En dónde está? El pueblo anda vendiendo en inglés billetes de lotería, allá por Madero y San Juan de Letrán, comprando pulque en la Colonia de los Doctores y prendiendo veladoras en la Villa de Guadalupe. Lilus no es muy patriota, y lo sabe. En la escuela hay unos que pegan propaganda y otros que la despegan. Y según eso, hay mucho mérito en pegar y despegar. Lilus se limitó a preguntarle a uno de la Secundaria que con qué pegaban la propaganda, y él contestó: «Con la lengua, babosa». Por la noche, Lilus soñó, con remordimiento, que tenía una gran lengua rosada, y que con ella pegaba enormes carteles. A la mañana siguiente despertó con la boca abierta y la lengua seca.

Lilus se cuela por entre los Siete Machos. Unos oyen con cara de ¡Salvaremos a México!, y sudan mucho. Son los hombres de buena voluntad. Otros están parados allí para ver qué pasa. A ratos sacan su *Pepín* y le entran duro a «Rosa la Seductora». Son los hombres de voluntad dividida. Además hay mujeres. Unas gordas y otras flacas, que saben mucho de leyes, es decir, de braceros, de refugiados y del Chacal de Peralvillo. Discuten entre ellas, comentan: «¡Ay, qué horrible horror! Fíjese Doña Rurris, con estos hombres que son tan imita monos. Lo que hace la mano hace la trás. Anoche le vi cara de chacal a mi marido». «Doña Felipa, qué barbaridad». Respecto a los refugiados, su veredicto es que se vayan a los Steits, porque lo que es aquí, se dan mucho taco.

De pronto, una ola de movimiento sacude la manifestación de los de buena voluntad en contra de los de voluntad dividida. Todos comienzan a hablar más fuerte. Hay unos cuantos gritos, y a Lilus se le ocurre gritar también: «¡Que viva don Cástulo Ratón!» Y ¡pum pas pum!, que le aceleran un guamazo por detrás. Algunos de los Siete Machos levantan del suelo una Lilus Kikus tiesa pero patriota.

Una hora después toman su declaración a Lilus, que algo mustia contesta con voz temblorosa: «Pues al ver que los del colegio habían hecho tantas cosas, pensé que lo menos que podía yo hacer era pegar un gritito».

Lilus se marcha a su casa, y por el camino se le ocurre que si le hubieran pegado más fuerte, a

la mejor la mandan al hospital. Don Cástulo Ratón habría ido entonces a visitarla en un coche negro para ofrecerle la medalla «Virtuti Lilus Kikus».

Los periódicos publicarían su retrato con la noticia: «Lilus Kikus seduce al pueblo». Y en la Sección de Sociales: «La guapa Lilus Kikus, luciendo un precioso vestido defendió horrores a su partido. Se ve que lo ama en cantidades industriales...» Pero ni siquiera eso habría tenido importancia.

Lilus está decepcionada. Siempre le pasan las cosas a medias...



V. Nada qué hacer...

Lilus se despierta con el sol. Como no hay cortinas en su cuarto de cuatro metros, el sol entra sin avisar y da grandes latigazos en la almohada. Lilus quisiera poseer uno de esos rayos, torcerlo y dejarlo resbalar entre sus dedos. ¡Qué chistoso sería tener uñas de sol! En la noche podría leer a la luz de sus uñas, a la luz de las chispitas proyectadas por sus dedos. Cuando se lavara las manos (lo que no hace muy seguido) cuidaría de no mojar demasiado la punta de cada dedo. Al tocar el piano tendría una linternita para cada nota. Al peinarse, salpicaduras de sol brillarían entre sus pelos. A lo mejor la llevarían al circo como fenómeno para ponerla entre la mujer barbuda y la mujer gorda.

Hoy no tiene nada qué hacer. ¡Qué bueno! Cuando Lilus no tiene nada qué hacer, no hace nada. Se sienta en el último peldaño de la escalera y allí se está mientras Aurelia hace la limpieza. Se abren muy grandes las ventanas, y el sol entra, y el polvo se suspende en cada rayo. Giran espirales de oro gris. Lilus sacude con sus manos las estrellitas de polvo, pero el sol las defiende y ellas vuelven a ocupar dócilmente su sitio en la espiral. Y allí siguen girando y calentándose en el rayo de luz.

Lilus platica con Aurelia y le pregunta: «¿Cómo te da besos tu novio?»

—«Besos chichos, niña, besos chichos»... Lilus se queda pensando en cómo serán los besos chichos...

Al papá de Lilus no le gusta ver que su hija se quede sin hacer nada. «Vete a hacer ejercicio. ¡Corre! Te vas a embrutecer si te quedas así mirando quién sabe qué». El papá de Lilus no puede comprenderla cuando ella se queda horas enteras mirando a un gatito jugar con su cola, a una gota de rocío resbalar sobre una hoja. Lilus sabe por qué las piedras quieren estar solas... Sabe cuando va a llover, porque el cielo está sin horizontes, compasivo. Ha tomado entre sus manos pájaros calientitos y puesto plumas tibias en sus nidos. Es diáfana y alegre. Un día tuvo una luciérnaga y se pasó toda la noche con ella, preguntándole cómo encerraba la luz... Ha caminado descalza sobre la hierba fría y sobre el musgo, dando saltos, riendo y cantando de pura felicidad. El papá de Lilus nunca camina descalzo... Tiene demasiadas citas. Construye su vida como una casa, llena de actos y decisiones. Hace un programa para cada día, y pretende sujetar a Lilus dentro de un orden riguroso. A Lilus le da angustia...



VI. El cielo

A Lilus le preocupa cómo entrar en el cielo. No es ninguna hereje. Sabe que el cielo es un estado, un modo de ser, y no un lugar y... Pero siempre, desde chiquita, pensó que Nuestro Señor está más allá de las nubes. Allá arriba. Y que para llegar hasta Él tiene uno que ser avión, ángel o pájaro. A medida que el pájaro Lilus iría subiendo por el cielo, Dios iba mirándolo. Y en cierto punto de su vuelo, la mirada de Dios era tan intensa que bastaba a convertirla en paloma de oro, más bella que un ángel.

Desde el día de su primera comunión, Lilus pensó que Nuestro Señor bajaba a su alma en un elevadorcito instalado en su garganta. Nuestro Señor tomaba el elevador para bajar al alma de Lilus y quedarse allí como en un cuarto que le gustaba. Para que le gustara, ella tenía que prepararle una habitación bien amueblada. Los sacrificios de Lilus componían el ajuar. Un sacrificio grande era el sofá, otro la cama. Los sacrificios chicos eran solamente sillones, vasos de flores, adornos o mesitas.

Una semana en que Lilus se dejó ir por completo, Nuestro Señor bajó al cuarto de su alma y lo encontró todo vacío. Tuvo que sentarse en el suelo, y que dormir en el suelo.

Pero así como se queda uno impregnado de alguien, después de que ese alguien se va, así se quedaba Lilus, llena de Nuestro Señor, que había bajado a su alma en un elevadorcito...

VII. La procesión

—Niñas, todas en fila, para la procesión...

—Si Miss... ¡Pero falta la Borrega!

—¿Dónde estará esa muchachita? Que me la vaya a buscar una Hija de María... Mira Marta.

Tu velo está todo chueco y se te está saliendo el fondo.

Unas doscientas niñas vestidas de blanco, con grandes velos de tul, se preparan para una procesión a la Virgen María... Se pellizcan las piernas, se ponen y quitan sus guantes blancos, y agitan febrilmente una frágil azucena de papel crepé...

—A ver niñas... Vamos a ensayar. Repitan todas conmigo: «Oh Madre, te ofrezco la azucena de mi corazón... Es tuya para toda la vida...»

—...Oh Madre, yo te ofrezco la azucena de mi corazón... Es tuya para toda la vida...

—¡Lilus! ¿Qué es lo que estás diciendo en voz baja? Exijo que lo digas en este preciso momento, frente a toda la escuela...

—Pues... Nomás dije que a Marta le queda muy mal el blanco y que su azucena...

—¡Lilus! Escribirás ochenta veces: «No tengo que faltar a la caridad criticando a mis compañeras...» A ver tú, Hija de María, ¿dónde está la Borrega?

—Miss... No la hemos visto por ningún lado...

—Pues no la podemos esperar más... Ha llegando el momento de encaminarnos hacia la Imagen... No olviden su reverencia —por favor, lo más graciosa posible— antes de hincarse delante de la Santísima Virgen, y depositen cuidadosamente sus azucenas en las canastas para ello dispuestas ...

—¿Miss?

—¿Qué hay, Marta?

—Yo sí sé donde está la Borrega. La vi hace unos diez minutos... Pero no la quería acusar...

—¿Acusarla de qué?

—De que estaba metiendo su azucena en un tintero...

—¿Cómo? ¿En un tintero?...

—Sí. Y en uno de tinta negra...

—¡Qué niña! ¡Dios mío! Tendré que hablar con la superiora... Pero no podemos perder más tiempo... Vamos niñas, marchen... Todas a un mismo tiempo... Uno dos, uno dos, uno dos...

Lentamente arranca una procesión algo caótica, de elfas vestidas de transparentes blancuras. Vaporosas muselinas, tules tiesos en la cabeza y zapatos limpios y brillantes. Caritas temblorosas de gran ceremonia. «Uno, dos, uno, dos, uno, dos». Lilus camina junto a Marta, y Marta no sabe

guardar el paso. Con razón. Tiene unos pies como barcos. Para llegar hasta la Imagen, hay que atravesar tres largos corredores y dos dormitorios. Y de repente, al abordar el primer dormitorio, ya con paso rítmico y acompasado ¡la Borrega! La Borrega más bizca, más bizca que de costumbre, con un vestido supremamente arrugado y un velo terrible...

—¡Borrega, qué bárbara!

La Borrega para en seco toda la procesión y ante el estupor general, ejecuta un baile diabólico, entre charlestón y cancán, con grandes ademanes de espantapájaros y blandiendo una azucena desprestigiada... Y la imprevista danza macabra tiene en sus labios este acompañamiento musical en tonos agudos:

¿Qué más da?

Yo no soy virgen...

Zambumba Mamá la Rumba

Mi azucena renegrída...

Zambumba Mamá que zumba

¿Qué más da?

Más tarde, frente a la Imagen, las niñas tratan de hacerle olvidar a la Santísima Virgen este penoso incidente, y declaman con su voz más dulce: «Oh Madre, te ofrezco la azucena de mi corazón...»



VIII. La Borrega

—¿Lilus? ¡Lilus!

—¿Sí Borrega?

—Vénme a ayudar a hacer la petaca...

—¿Ya viste a la Superiora?

—Sí, bruta... Y mañana me voy a mi casa...

—¿Qué te dijo la Superiora?

—Puras insolencias. Entre otras... que era yo «la oveja negra de este blanquísimo rebaño...»

—¡Hijos!... Te voy a extrañar, Borrega.

—Pues claro. Como ya no tendrás a quién preguntarle por qué tus faldas se abrochan de lado, y no de frente, con tres botoncitos grises... como los muchachos...

—¡Ay Borrega! Yo nunca te he preguntado eso... Ni se me había ocurrido siquiera...

—Pues ya es tiempo de que se te ocurra. A ti y a la bola de estúpidas que aquí se instruyen, no les enseñan lo mejor...

—Borreguita bonita... De veras... Instrúyeme, cuéntame el cuento...

—Óyeme, si no es cuento... Mira Lilus. Yo sé tantas cosas, que ahora mismo te podría explicar como nacen los niños por el ombligo... y todo lo demás, pero eres tan nangoreta que no entenderías nada... Y además nunca me das nada a cambio de lo que te platico...

—¿Unos chocolates de crema? De esos botijones... Anda, dime. Borreguita santa...

—Chocolates no. Se me desbaratan en el viaje...

—¿Unos lápices de colores puntiagudos, puntiagudos...?

—No. Tengo prisa. Pásame mis camisas para ponerlas en la petaca.

—Borrega. Si no me dices, me retuerzo de la desesperación. ¡Palabra de honor!

—Pues retuércete todo lo que quieras... Mira, Lilus... Quizá a cambio de los chocolates, no me sea del todo imposible contarte mi primer amor... Pero sólo mi primer amor.

—¡Borrega del cielo! Cuéntamelo...

Y la Borrega se lanza a una gran disertación acerca de un primer amor que defrauda a Lilus por completo.

«Las personas mayores creen que no se puede sufrir de amor a los trece años. Sí se sufre, y esa pena está henchida de timidez y de tormentos. Atormenta el saberse incomprendido, el no arriesgarse y esperar. Atormenta oír a la hora de las presentaciones, en medio de los viejos amigos de la casa, estas palabras en labios de la mamá: Aquí está mi hija Laura Borrega. Era monísima el año pasado... pero ya está en la edad de la punzada... sabe usted, cuando las niñas ni son niñas ni

mujeres...»

«Y yo, Laura Borrega, que estaba llena de nobles y sufridos pensamientos me rebelé contra tal injusticia...»

«Los amores tempranos son los que esperan en las esquinas para ver pasar y después irse a soñar. Son amores que no se tocan pero que se evocan mucho. A los trece años yo me enamoré. Estaba contenta al verlo de lejos, sin hablarle jamás. En las noches me dormía siempre pensando en él. No esperaba que me estrechara en sus brazos, ni nada. Mi falta de curiosidad era completa...»

—¿Pero ahora?

—Ahora estoy completamente desilusionada del amor, Lilus... Ahora solamente pienso en la maternidad, y ya he dado los pasos conducentes...

Expulsaron a la Borrega. Se fue con su petaca escocesa, y sus grandes anteojos negros eran como lágrimas postizas. Le sacó la lengua a la directora, le hizo dos estupendas muecas a Lilus y le avisó que muy pronto le mandaría una botella de champaña...



IX. La enfermedad

Lilus siente frío entre las dos sábanas húmedas. No sabe por qué está enferma. La enfermedad llegó sin aviso, traicionera, como una gran idea de soledad. La salud es un objeto perdido: «Pero si lo tenía yo en la mano; pero si hace un ratito lo vi». Así era su enfermedad: «Pero si ayer andaba yo corriendo por las escaleras».

La enfermedad de Lilus no era ni catarro, ni gripa, ni dolor de estómago. Solía enfermarse por algo que le decían; al enterarse de algo inesperado, se asustaba. No recurría a nadie, ni quería que la mimaran. En secreto, acariciaba su enfermedad. Se dejaba invadir por el sufrimiento, y parecía que todo el mundo se adentraba en ella. Su mamá, su papá, Aurelia, Ocotlana... Lilus los quería mucho más, viendo en ellos a los emisarios de su enfermedad. Esas personas presionaban sobre ella y le daban forma, una forma claramente definida... Gozosa, Lilus se encerraba en los límites de su enfermedad...

«Jesusito, Jesusito, ya no siento mis pies. Creo que tengo uno de ellos en un ojo... una mano en la garganta, y mi estómago, ¿será la almohada?» El doctor tardaba en llegar con todos sus instrumentos. Lilus veía aparecer y desaparecer figuras en la bruma. Gigantes rojos que les preguntaban cosas a unos enanos verdes, para luego disolverse en formas descompuestas... Sapos y ranas saltaban por el cuarto. Se deslizaban entre las sábanas, y ella alargaba la mano para cogerlos. Pero ellos huían resbaladizos... «Jesús, Jesusito ¿Por qué fue usted a las bodas de Canaan, a esa fiesta de borrachos? ¿Por qué hizo usted ese milagro tan raro?»

—Niña Lilus... Jesús no era rigorista, y aquellas buenas gentes necesitaban divertirse... les hacía falta vino, mucho vino...

—Mamá, ¡quiero vino, vinito tinto...!

—Lilusitingas, no seas boba...

—Es que estoy en unas bodas, mamá...

En sueños, Lilus bebe ávidamente, febrilmente. «Jesús en las bodas de Canaan. ¿Y la adúltera? ¿Qué se hará para ser adúltera?...»

María Magdalena destapa sus ánforas de perfume...

Entre la neblina de su fiebre, Lilus ve pasar hileras de señoras tías y moralistas, que llevan negros letreros en el pecho y en la frente: «Prohibido», «Prohibido», y que la amenazaban con expulsarla de la asociación «Almas en flor»... Lilus se siente rodeada. De un archivo van saliendo actitudes y oye a una vieja muy flaca que le dice: «Salvamos sin cobrar... te salvaremos aunque tú no quieras... Pero no cruces una sola palabra con los del 'Perdón inmediato', porque son irresponsables y publicitarios».

—Pero señora, si yo no estoy perdida... Sólo vine un ratito a las bodas de Canaan, que es una fiesta muy alegre pero muy bien portada.

—Eres una virgen golosa, Lilus, y siempre te quedas a medias. Ni siquiera tienes el valor de perderte de veras, para que tu salvación valga la pena. No cedes, y te quedas en la orilla, viendo tranquilamente ahogarse a los demás... Tu mamá no se da cuenta y piensa que eres un rayito de sol, un ángel sin alas aparentes... ¡Toma el escapulario!

El escapulario es de tela muy áspera y le lastima el pecho y la espalda, como un silicio pegajoso... Y esa mujer de virtud garantizada que dice cosas tan extrañas... «No la entiendo, vieja flaca y fea...» Lilus se siente mareada. Ahora va en un barco y tiene miedo de caerse al agua. «Es tu salvavidas, niña malvada...» Así le dijo la vieja chupada cuando le puso el escapulario. El barco se bambolea. En la orilla de la cama se sienta un doctor con cara de diablo...

—Doctor, esta niña tiene muchísima calentura... No sé que hacer...

—En efecto señora, en efecto... ¿cómo se llama su hija?

—Lilus Kikus.

—Lulis Pikus... Qué bonito nombre... Yo me haré cargo de ella. Se va a aliviar enseguida...

Con esta receta le bajará la calentura.

Y el doctor le toma el pulso a Lilus con su mano peluda. Luego escribe en la receta una lista interminable de pecados mortales... Con ojos de niño que desconoce y todo quiere saber, la mamá de Lilus se queda viendo al doctor...

—Señora, no se preocupe usted... Yo voy a cuidarla, desde hoy en adelante, seré el ángel de la guarda de su hija Pilus Liki...

—Lilus Kikus, doctor...

—Usted perdone, no tengo memoria para los nombres, pero voy a arreglarle las cuentas a Kilus Lukis...

Y el diablo guarda sus instrumentos y se echa a reír. «¿Cómo me llamo? ¿Dónde estoy y quién soy?» Las gentes miran a Lilus con aire de complicidad y cinismo. «Ah, sí, soy Kolis Liko, Kukis Piki, Fuchis Lokis y voy en el barco de la fiebre...» Los pasajeros tienen ojos vidriosos, dulzones. Caminan como focas, lentas, húmedas y pesadas. Lilus trata de coger un objeto y de saciarse en su realidad, apretándolo con sus manos, pero sus manos son dos pescados muertos que no la obedecen... «Son las doce». Y se forman doce círculos concéntricos en el agua... Lilus corre a través de puertas y pasillos, mientras alguien la persigue. Pierde su zapato en una escalera, pero huye cojeando... «Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten misericordia de mí...» De pronto la cubierta del barco se acaba y una Lilus Kikus de plomo se va al fondo del mar, pesada de secretos...

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá me estoy ahogando...!

—Cállate, niña, por fin te estabas durmiendo...

—Es que no te he contado muchas cosas mamá. Mamá, mamita, mamota, soy muy culpable, manda llamar al Señor del Cuatro... Él no fue a las Bodas de Canaan, y se va a enojar cuando sepa que yo sí fui. Él nunca va a fiestas, y allí hay un vino muy rico... También le quería enseñar mi muñequito, aquel que me saqué en la Rosca de Reyes...

—¿Qué cosas estás diciendo?

—El Señor del Cuatro, mamá... mándalo llamar...

—Cuando te alivies, Lilus, cuando te alivies, mi perrita... Mira, ya te bajó la fiebre, te voy a abrir la ventana...



X. La tapia

—Niña, bájate de la tapia.

—No.

—Te estoy diciendo que te bajes.

—Que no.

—Las niñas bonitas no se suben...

—Éjele...

—Te voy a acusar con tu mamá.

—Al cabo ni me hace nada.

(Ocotlana echa a correr por el jardín).

—Ándale vieja gacha, chismosa, cochina... ¿La lagartija...? ¿A dónde se fue la lagartija? Esa tonta de Ocotlana la espantó. ¡Ocotlana! Cada vez que habla, en la esquina de la boca le sale un hilito de saliva... Se atora las medias con una especie de nudo que se hace justamente detrás de las rodillas. Cuando se sube a los camiones entre la falda y la media resalta su carne blanca y blanda... ¡Lagartija, almita! ¿Dónde estás? Lagartija rosa, ¡te traje un pañuelo!

Lilus se sube muy seguido a la tapia. Se sube porque desde allí puede asomarse al cuarto de un extraño señor que vive en los departamentos de al lado. El señor está sentado interminablemente ante una mesa de trabajo y hojea, grandes cantidades de libros envejecidos... El primer día Lilus se quedó observándolo durante una hora. Lo vio leer y releer sin moverse, como un adivino ante su bola de cristal... Después se levantó y se puso a establecer cosas y cosas en el aire, categorías y órdenes invisibles, con sus dos manos veloces y casi transparentes...

Desde entonces Lilus volvió todos los días a su puesto de observación, a espiar una actividad tan incongruente. Hasta que no pudo más y se puso a aullar desde su tapia: «¡Señor del Cuatroooo, Señor del Cuatroooo!» Como no obtuvo respuesta recogió un puño de piedritas, y una por una las fue arrojando contra el cristal de la ventana. Pero nada. El señor del Cuatro ni se movía... Tenía la cabeza profundamente metida en un gran libro de pastas rojas. Debió creer que estaba cayendo granizo, y sin darse cuenta, incluyó a Lilus en el número de los meteoros... Completamente desesperada, Lilus pensó que la única solución era pedir auxilio y aumentar el calibre de los proyectiles... ¿Será sordomudo? «¡Señor del Cuatroooo! ¡Socorro! ¡S.O.S!»... Y oh, sorpresa de sorpresas, cuando una de las pedradas de Lilus estuvo a punto de romper la ventana, el Señor del Cuatro volvió lentamente la cabeza, distrajo su mirada de los libros y la posó sobre Lilus...

—Señor del Cuatro... (El señor abrió la ventana bombardeada).

—Perdone Señor del Cuatro, ¿no es de usted esta lagartija?

—No, niña, no. Las lagartijas no son de nadie...

—Pues como siempre está frente a su ventana, pues yo pensé que usted la sacaba a asolear...

Y así fue como empezó la amistad de Lilus con el Señor del Cuatro. Tres veces por semana cuando menos, allí estaba Lilus en la tapia. El señor iba perdiendo el hilo de su lectura, abría la ventana y se encontraba con Lilus...

—Señor del Cuatro ¿qué tantas cosas estudia? Se le va a perder su cabeza... Parece un pajarito encerrado en su jaula. ¿Por qué no se va mejor a dar la vuelta?

—Estoy resolviendo las antinomias. Anoche me quedé otra vez en uno de los Fragmentos, como en callejón sin salida... No, no es ése de «nuevas aguas fluyen hacia ti», sino el otro... Además, las geometrías no euclidianas. Y los textos de mis alumnos tan plagados de erratas espirituales... Me paso la vida corrigiéndolos...

—Señor del Cuatro, ¿se acuerda usted de la Borrega? ¿De la que le platicué el otro día...?

—La Borrega... La Borrega... Déjame pensar. Ah sí, la feminista, la librepensadora...

—Ésa mero. Le fue rete mal... La expulsaron de la escuela.

—Es que la vida comenzó muy pronto para ella. ¿Sabes Lilus? Me gusta platicar contigo. Sobre todo porque entresaco de tu conversación muchos alejandrinos...

—¿Qué cosa es eso?

—Además, me has hecho tomar conciencia del otoño... Este momento en que todo se consume... Nunca me había dado cuenta desde que era pequeño. Nunca me había fijado en las estaciones... ¿Pero qué te pasa, Lilus? Hoy no hablas tanto como de costumbre...

—Es que estoy triste.

—¿Pero de qué?

—De que a la gente se le ocurran tantas cosas...

—¿Qué cosas?

—Pues esas cosas que se le ocurren a usted, como el teorema de Pitágoras, las antinomias que me dijo, y las geometrías no eudiclianas...

—Eudiclianas, no, no euclidianas, Lilus.

—Señor del Cuatro, ¿por qué no se va usted al campo? ¡Al campo, Señor del Cuatro! Allí nomás arribita de Las Lomas. A medida que se camina por un ladito que yo sé, los árboles son cada vez más verdes y cada vez más sombríos, casi negros de tan juntos uno con otro... Allí hay una fuente que sólo los pájaros conocen... y hierbas locas y pasto descuidado... Nadie hace ruido. El silencio es tan grande que se oyen los cuchicheos de las ramas y las huidas húmedas de las flores. Allí puede usted hacer geometría moral sobre la arena.

—Niña, ten piedad de mi rigor. ¿No te das cuenta? Las cosas han presionado sobre mí, me han devastado y pulido. Soy un experto en renunciaciones y un entendido en desdichas...

—¿Ah?

—Pero a veces tú tienes razón. Debería pedirle perdón a tantas cosas que están detrás de mi ventana... Al árbol y a la planta, y si tú quieres, a los pájaros y a las nubes...

—Sí, sí. Le tiene que pedir perdón a la lagartija que diario viene a tomar el sol junto a su ventana, y a unas matitas de flores dormidas que usted nunca ha tomado en cuenta. Y sobre todo a

los árboles... Es tan bonito estar debajo de un árbol viendo su copa verde y emborucada con grandes lagos de cielo y nubes enredadas... Está usted tan flaco. Me gustaría saber lo que come. Y tiene los ojos tan hundidos. Mi mamá hizo ahora merengues. ¿Quiere que le traiga uno? ¿Me salto la tapia? ¿O voy mejor por la escalera?

—¡Lilus! ¡Lilus! ¿Dónde estás? ¿Otra vez subida en la tapia?

—¡Hijos, mi mamá!

—¡Niña! Bájate inmediatamente. Tienes que ir a hacer tu tarea...

—No puedo. Mi pluma no sirve. Con ella le puse una inyección de tinta a Ocotlana.

—¡Qué niña! Bájate... Perdónela señor, no sé como aguanta usted a esta niña preguntona.

—Adiós, adiós, mañana nos vemos.

—Adiós niña Lilus. Adiós Señora...

Por el camino su mamá la regaña:

—Lilus, ¿cómo es posible que te pongas a quitarle el tiempo a este señor? Es un filósofo, y tú estás allí nomás sacándolo de sus casillas... Lilus, niña mía, ¿cuándo aprenderás a encontrar tú sola la respuesta a esa infinidad de preguntas que te haces?



XI. La amiga de Lilus

Lilus tenía una amiga: Chiruelita. Consentida y chiqueada. Chiruelita hablaba a los once años como en su más tierna infancia. Cuando Lilus volvía de Acapulco, su amiga la saludaba: ¿Qué tal te jué? ¿No te comieron los tibulonchitos, esos felochíchimos hololes?

Semejante pregunta era una sorpresa para Lilus, que casi se había olvidado del modo de hablar de su amiga, pero pronto se volvía a acostumbrar. Todos sus instintos maternales se vertían en Chirueta, con máxima adoración. Además, Lilus oyó decir por allí que las tontas son las mujeres más encantadoras del mundo. Sí, las que no saben nada, las que son infantiles y ausentes... Ondina, Melisenda...

Claro que Chiruelita se pasaba un poco de la raya, pero Lilus sabía siempre disculparla, y no le faltaban razones y ejemplos. Goethe, tan inteligente, tuvo como esposa a una niña fresca e ingenua, que nada sabía pero que siempre estaba contenta.

Nadie ha dicho jamás que la Santísima Virgen supiera algo de griego o latín. La Virgen extiende los brazos, los abre como un niño chiquito y se da completamente.

Lilus sabe cuántos peligros aguardan a quien trata de hablar bien, y prefiere callarse. Es mejor sentir que saber. Que lo bello y lo grande vengan a nosotros de incógnito, sin las credenciales que sabemos de memoria...

Las mujeres que escuchan y reciben son como los arroyos crecidos como el agua de las lluvias, que se entregan en una gran corriente de felicidad. Esto puede parecer una apología de las burras. Pero ahora que hay tantas mujeres intelectuales, que enseñan, dirigen y gobiernan, es de lo más sano y refrescante encontrarse de pronto como una Chiruelita que habla de flores, de sustos, de perfumes y de tartaletitas de fresa.

Chiruelita se casó a los diecisiete años con un artista lánguido y maniático. Era pintor, y en los primeros años se sintió feliz con todas las inconsecuencias y todos los inconvenientes de una mujer sencilla y sonriente que le servía té salado y le contaba todos los días el cuento del marido chiquito que se perdió en la cama, cuento que siempre acaba en un llanto cada vez más difícil de consolar.

Pero un día que Chiruelita se acercó a su marido con una corona de flores en la cabeza, con prendedores de mariposas y de cerezas en las orejas, para decirle con su voz melodiosa: «Mi chivito, yo soy la Plimavela de Boticheli. ¡Hoy no hice comilita pala ti!», con gesto lánguido el artista de las manías le retorció el pescuezo.



XII. El convento

"Lilus te vas a ir.

Te vas a ir en un tren.

Es bonito un tren, ¿verdad, Lilus?

Tu padre y yo pensamos en tu futuro.

Dentro de una semana estarás en el convento."

¡Un convento! Un convento de monjas. Lilus había visto horribles monjas en sus sueños. Caras de insensibilidad perfecta. Caras que ningún problema humano puede turbar. La inmovilidad de una cara es más terrorífica que las cicatrices y los ojos ciegos.

Lilus veía a las monas de negro y con bigotes. Mujeres de piel seca y lenguas pálidas, que olían a quién sabe qué de muy rancio y viejito. Las imaginaba rezando triste y mecánicamente, como una sierra en un trozo de madera, mientras Jesús en el cielo sudaba de desesperación. Luego las oía en la escuela dictando máximas sentenciosas: «Un tesoro no es siempre un amigo pero un amigo es siempre un tesoro» y «No hay nunca rosas sin espinas ni espinas sin rosas...» ¡Qué asco! Y pensaba Lilus. «Mamá, yo no puedo ir al convento... ¡Mamita! ¿Cómo comen las monjas?» Las veía masticando un mismo pedacito de carne durante horas enteras, ella, ella que no puede soportar a las gentes que comen despacio. (En cambio, le gustan mucho los rusos que se tragan enteros los canapés de caviar).

Pensaba que las monjas no la dejarían ir al campo, que ya no podría sentir el pasto frío bajo los pies, ni jugar con el agua verde y blanca y azul, ni aplastar zarzamoras en sus manos para luego ir diciendo que se había cortado... Ya no podría hacerse grandes heridas y cobrar por enseñarlas. Porque Lilus tenía la costumbre de caerse, y después del inevitable vendaje, iba con sus amigos:

—Si supieras qué feo me caí...

—Enséñame, Lilus, no seas mala...

—Enseño, pero cobro.

—¿Cuánto? Te doy un beso o un diez (si era hombre).

—Mejor el diez...

Lilus despegaba lentamente la tela adhesiva, y después de falsificadas muestras de dolor aparecía una llanurita de rojos, negros y blancos...

Y al recordar todo lo que no iba a tener ya, Lilus aulló: «¡Mamá, yo no me voy al convento...!»

Pero Lilus se fue.

Se fue en un tren, un tren muy triste de silbidos desgarradores... Un tren tan triste que se lleva

a la neblina niños que se pierden como Lilus... Tren de meseros negros con sonrisa llena de dientes, que comen sabe Dios qué cosas... Tren de señoras pálidas que juegan canasta y que piensan en el té de caridad que darán a su llegada... Tren de recién casados, muy bañaditos y avergonzados, que recuerdan el cuento de los inditos: «¿Nos dormimos u qué...?»

Tren de tristes y de felices, tren lleno de sonidos extraños... tren de Lilus, la niña atormentada que se va al convento...

¡Campos de trigo! ¡Campos verdes y árboles en flor!

Severa mansión rodeada de cosas que se ríen.

—¡Casa con aspecto de viudita alegre!

Como esas mujeres que a veces se perciben en las calles, tiesas y enlutadas, pero con mejillas como manzanas, y verdes ojos que danzan, así son las monjitas. Dentro del negro tenebroso se adivinan interiores mucho menos horribles.

Así es el convento, una jaula llena de monjitas que andan como pájaros asustados, distintas al resto del mundo. Dan pasitos que resbalan, pasos dulces y quietos, blancos pasos de conejo que apenas rozan el suelo. Además, las monjas hacen siempre trabajos pequeñísimos y conceden a las menores cosas una gran importancia, como si de ellas dependiera el orden del mundo: «¡El mantel del altar no está bien extendido!» ¡Dios mío, qué crispación interior! «¡Hay que jalarlo rápidamente, antes de que empiece la misa!»

Con apariencia un poco fantasmal, las monjas del convento de Lilus eran todas delgadas, de muslos alargados, de ademanes nerviosos y dulces sobresaltos. De tan chiquitas y flaquitas parecen no tener sexo. Todas son Sebastianes, Luises o Tarcisios. Sin embargo, hay en ellas algo de valiente y de enternecedor, una mezcla de decisión y de titubeo.

La primera monja que vio Lilus fue la madre portera. Madre ágil, danzarina y cantadora, a la que puso mentalmente pantalones de charro.

La madre portera se preocupaba mucho por un panal que tenía en el jardín. Iba constantemente a verlo y siempre se quejaba de que la abeja reina le había picado en un dedo. Por un agujero en el techo la lluvia entraba en el cuarto de la madre portera. A ella le daba risa: «Anoche se metió una rana, le hice una camita al lado de la mía». Sus ojos recordaban a los ojos de las estatuas, que nunca se posan en las cosas feas. Cantaba con voz conmovida las lamentaciones de Semana Santa: *Jerusalem, Jerusalem, convertete ad dominum deum nostrum Jesum*. Y su voz era como de niña, y sonaba con esas entonaciones tristes e inocentes que tanto hacen pensar...

Y Lilus quiso a su convento...

Allí le enseñaron que en el mundo solamente los niños están cerca de la verdad y de la pureza... Le hablaron de astros y planetas, de la Vía Láctea... Le dijeron que hay hongos venenosos, saltimbanquis y viento austral y viento norte... ángeles de alas transparentes que vuelan por el espacio en órdenes armoniosos...

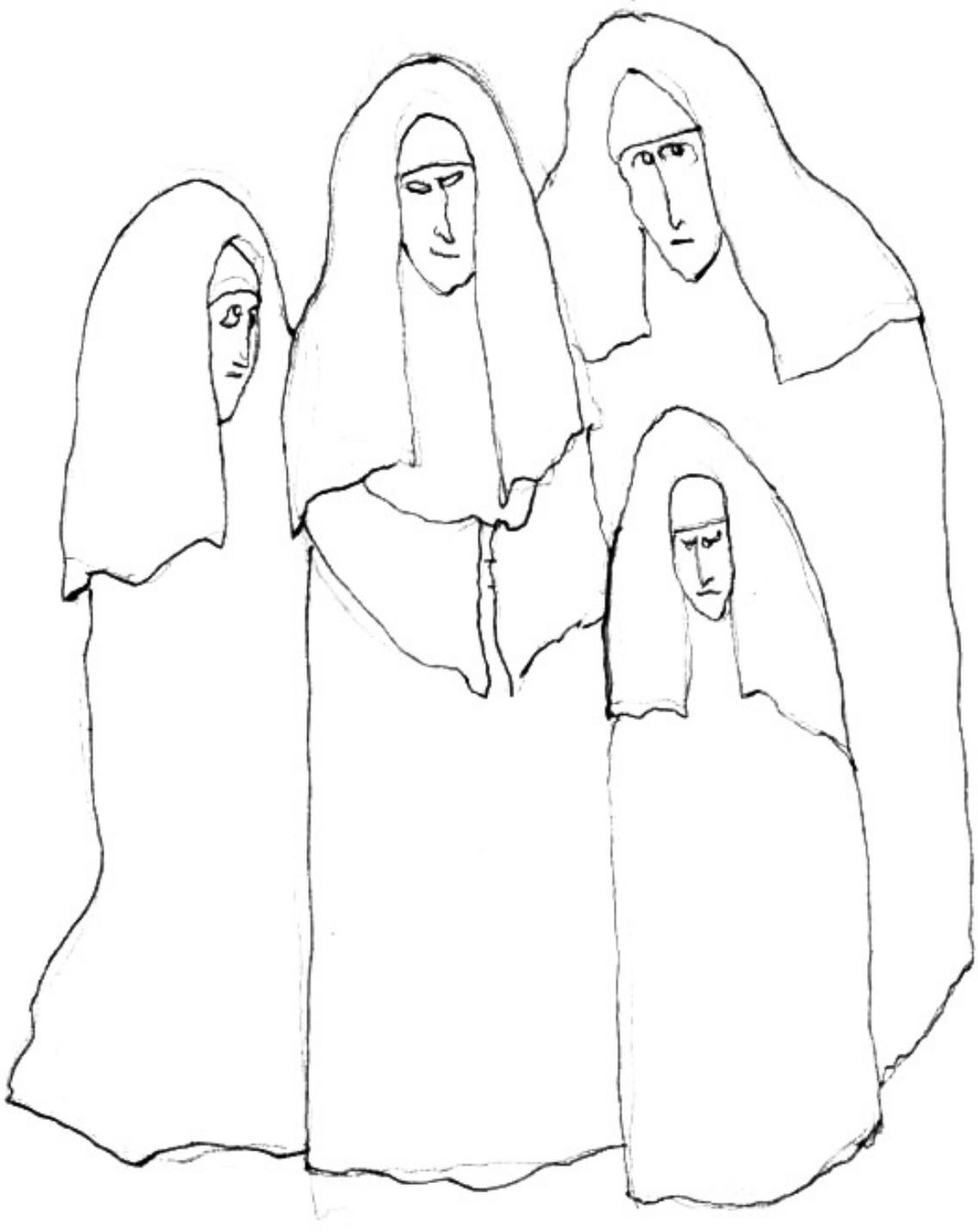
Supo de la Virgen, se llenó de asombro y la coronó de flores.

Le anunciaron que un día iba a ser persona mayor, y que no podría ser un ropavejero, porque eso era muy mal visto. Entonces le explicaron lo «Mal visto» y la honorabilidad. Si quería tener niños, en todo caso tenía que buscarse primero un marido. Y le hablaron de las profesiones. Ser

millonario es muy provechoso; ser jardinero no es digno de alabanza. La prepararon para su noche de bodas. Debía bañarse en agua de rosas, y tomar una cucharada de miel. Esperar luego sobre el lecho a su marido, paciente y sumisa. Y sobre todo, que fuera digna, digna. Que quisiera a los animales y que no juzgara... que no juzgara el adulterio, porque es lo que más se juzga y menos se entiende...

Le contaron una historia de la Biblia, la del siervo Oza y el arca que Dios hizo construir de madera de acacia chapada en oro a los más hábiles artesanos. El arca fue transportada en un carro de bueyes desde Carithiarim hasta Jerusalén, y en un momento en que el carro se inclinó peligrosamente a un lado del camino, Oza detuvo el arca con su mano. Y cayó muerto porque tocó la casa de Dios. «David se irritó de que Jehová hubiera castigado así a su siervo Oza y tuvo miedo de Dios en ese día».

Por este relato, Lilus comprendió que para ser de Dios, había que darse completamente. Había que entenderlo y temerlo. Y creyó en los signos. Tal vez en esta vida, eso es lo más importante: creer en los signos, como Lilus creyó desde ese día.





ELENA PONIATOWSKA AMOR nació el 19 de Mayo de 1932 en París, Francia. Es hija de una mexicana, Paula Amor, y del descendiente del último rey de Polonia, el príncipe Jean E. Poniatowski. Desde 1942 vive en México, tras huir con su mamá de la invasión Nazi en París. Se naturalizó mexicana en 1969. Periodista, escritora, defensora de causas sociales, «*La Poni*» es una de las personalidades de la cultura más activas de México. Ha sido profesora invitada en las universidades de Texas, Harvard, Princeton, Yale, Cornell, Berkeley y Stanford.

Ha recibido el título de Doctora Honoris Causa por varias universidades pero, dice a menudo, el título que más le gusta y la enorgullece es el de Abuela. La prolífica autora mexicana ha incursionado en todos los géneros literarios: novela, cuento, poesía, ensayo, crónicas, entrevistas, libros infantiles, adaptaciones teatrales de sus obras y numerosos prólogos y presentaciones de libros de fotografía. Su obra ha sido traducida a una decena de idiomas y también está presente en importantes antologías.